

**DESARROLLO ECONÓMICO Y CONDICIONES DE VIDA EN LA ARGENTINA
(1880–2002). ¿ENTRE LA EQUIDAD Y EL CRECIMIENTO?**

Mariana González y Cecilia Nahón

DESARROLLO ECONÓMICO Y CONDICIONES DE VIDA EN LA ARGENTINA (1880–2002). ¿ENTRE LA EQUIDAD Y EL CRECIMIENTO? *

Mariana González y Cecilia Nahón **

1. INTRODUCCIÓN.

El estridente derrumbe de la Convertibilidad terminó de sepultar las ilusiones respecto de las bondades del patrón de crecimiento basado en la apertura y la liberalización de la economía. Fracasadas todas las recetas, hoy reaparece la búsqueda de nuevas fórmulas capaces de revertir el errante pero decidido naufragio de la economía argentina durante las últimas décadas. Luego de años de mutismo, comienza a erigirse un espacio para la discusión de nuevas posibilidades y alternativas. Las miradas se vuelcan hacia el pasado. En este marco, se destaca la aparición de una novedosa corriente de estudios académicos que, desde escuelas teóricas sumamente diversas, hace eje en la reflexión sobre el desarrollo argentino desde una perspectiva de largo plazo¹. “Entre la equidad y el crecimiento”, el libro recientemente publicado por Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, es uno de ellos². Se trata de un ensayo que presenta la visión de los autores sobre los rasgos salientes de la evolución económica del país entre 1880 y 2002. El presente artículo se aboca a la discusión crítica de este trabajo, con el fin de contribuir al estudio de la historia económica como clave para la comprensión del presente y, también, como ingrediente esencial para la elaboración de propuestas de cara al futuro³.

* Este documento fue elaborado a partir de las discusiones desarrolladas en el ámbito del Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino (CENDA) con Nicolás Arceo, Augusto Costa, Axel Kicillof y Javier Rodríguez. Asimismo, se agradecen los valiosos comentarios de Enrique Arceo, Daniel Azpiazu, Eduardo Basualdo, Luis Beccaria y Leandro Serino a versiones preliminares de este artículo, a quienes se exime de los errores u omisiones que pudieran permanecer en el texto.

** Investigadoras y docentes de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Miembros del CENDA.

¹ Porta y Bianco (2004) recogen una quincena de trabajos recientes de este tipo y señalan sus disensos y consensos acerca del desarrollo argentino.

² Gerchunoff, Pablo y Llach, Lucas (2004), *Entre la equidad y el crecimiento. Ascenso y caída de la economía argentina, 1880-2002*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, Colección mínima.

³ Si bien los autores analizados poseen otros trabajos en común sobre la historia económica argentina, entre los cuales se destaca Gerchunoff y Llach (1998), la reflexión aquí planteada se circunscribe al libro recientemente publicado.

Entendemos que al menos dos elementos distinguen al trabajo de Gerchunoff y Llach y otorgan relevancia a su discusión. Por una parte, el texto se propone realizar una interpretación de conjunto de la historia económica nacional a partir de un marco teórico que otorgue unidad a las etapas en que ésta habitualmente se fragmenta⁴. Por otra, el trabajo supera la mera descripción estilizada de los fenómenos e intenta avanzar en la identificación del carácter específico del desarrollo económico argentino. El ensayo, no obstante, no llega a buen puerto. Desde nuestra perspectiva, éste se limita a actualizar las clásicas visiones conservadoras de la economía argentina sobre la base de fundamentos teóricos endebles, falencias metodológicas e imprecisiones históricas de significación. Nuestra discrepancia con la explicación allí ofrecida, así como nuestra convicción acerca de la relevancia de profundizar en el naciente debate acerca del desarrollo argentino, motivan la presente reflexión.

Este artículo se encuentra organizado de la siguiente manera. En la sección 2 se introducen brevemente las líneas generales de la explicación de Gerchunoff y Llach. La sección 3 presenta nuestras principales discrepancias teóricas y metodológicas con el ensayo. A continuación, en la sección 4, se identifican y discuten algunas de sus imprecisiones históricas. Finalmente, se concluye con una reflexión acerca de la interpretación de conjunto que presentan los autores y sus implicancias para las disyuntivas del presente.

2. “ENTRE LA EQUIDAD Y EL CRECIMIENTO”: SÍNTESIS DE LOS ARGUMENTOS.

Para Gerchunoff y Llach buena parte de la historia económica, y aún política, de la Argentina se explica por las características “genéticas” del país, donde existía originariamente una “elevadísima dotación por habitante de recursos naturales” (13)⁵. De este estado inicial de abundante tierra y escasa población se desprenden tres postulados esenciales que constituyen el núcleo de la trama histórica posterior.

En primer lugar, esta particular dotación de factores hizo que los productos de la tierra fueran comparativamente más baratos y los salarios más altos en relación con los de otros países. Según los autores, hacia 1880 “la Argentina era, en la comparación internacional, el reino de la igualdad” (15). Esta “característica genética” del país es el origen de la “gran fuerza equitativa” que alberga la sociedad argentina, donde “la búsqueda de cierta equidad en la distribución [...] tuvo siempre un valor político prioritario” (24), transmitido de generación en generación. La “pasión igualitaria” de los argentinos tiene su demostración irrefutable en que, según los autores, “la Argentina fue, hasta tiempos muy recientes, una nación de altos salarios” (14).

En segundo lugar, junto a esta fuerza igualitaria, las características naturales dieron lugar a dos asimetrías. “La asimetría sectorial alude a la vasta brecha de productividad entre actividades primarias y secundarias (15)” y la regional refiere a la desigual distribución nacional de las capacidades productivas, concentradas mayormente en la región pampeana.

⁴ Esta no es, ni ha sido recientemente, la tradición académica mayoritaria en el país. La investigación económica se circunscribe mayormente al estudio de los procesos contemporáneos, con escasas referencias a su vinculación con el largo derrotero de la historia económica local. Se destacan algunas valiosas excepciones tales como Azpiazu y Nochteff (1994), Barbeito y Lo Vuolo (1998), Basualdo (2000), Chudnovsky (1996), Iñigo Carrera (1998), Kosacoff (2000) y Schvarzer (1996), entre otras.

⁵ Las frases entre comillas refieren a citas textuales del texto analizado, consignándose entre paréntesis el número de página correspondiente.

Finalmente, la dotación productiva inicial hizo que el país contara con una “ventaja absoluta para la elaboración de bienes primarios, resultado de la demografía y la naturaleza, [que] fue al mismo tiempo la fuente de la gran desventaja comparativa que siempre tuvo la Argentina para la producción industrial” (16). Por tanto, los autores postulan, aplicando el teorema de Heckscher-Ohlin, que para crecer sostenidamente la Argentina debía -y debe- especializarse en la producción y exportación de aquellos bienes que en su fabricación emplearan intensivamente los recursos nacionales abundantes: los productos primarios.

El análisis de cada período histórico se realiza con referencia a su ubicación en un cuadrante con cuatro posiciones posibles: industrialismo con endeudamiento, industrialismo con superávit comercial, apertura con endeudamiento y apertura con superávit comercial. La primera de estas ubicaciones es considerada la más progresiva en términos de distribución del ingreso, debido a que la producción industrial es más intensiva en mano de obra y a que la economía cerrada hace más accesible la canasta básica de consumo. En contraposición, la última ubicación posible es la más regresiva en términos de distribución del ingreso, ya que la apertura favorece el desarrollo del sector primario y encarece relativamente los bienes salariales.

La especialización primaria fue el camino adoptado por el país hasta 1930, con sus consiguientes “ganancias formidables” (24). Es la época de mayor crecimiento y de vigencia del reino de la igualdad. Sin embargo, al principio forzadas por la Primera Guerra, y luego por el “atractivo político irresistible” de la economía cerrada “en una sociedad más sensible que otras a la demanda de igualdad” (25), se impusieron hasta 1976 políticas proteccionistas e industrialistas con altos costos en términos de crecimiento económico y resultado fiscal.

“El último cuarto del siglo XX estuvo dominado por la aspiración de revertir las políticas que hasta los años setenta habían resultado en un magro crecimiento y en la alta inflación, pero la mutación no se completó ni tuvo éxito porque una vez más fue más fuerte la resistencia de quienes perdían con la nueva configuración distributiva” (25). Según los autores “el endeudamiento contraído por el estado [...] fue otra manifestación de la prioridad otorgada al objetivo de la equidad” (26).

En suma, para Gerchunoff y Llach las características primigenias de la Argentina generaron “una dinámica finalmente fatal entre las políticas económicas, la distribución del ingreso y el crecimiento” (23/24). La “pasión igualitaria” característica a la sociedad argentina la llevó a reclamar altos salarios con tanta obstinación que prácticamente todos los gobernantes durante los últimos sesenta años -incluidos los militares, ya que “ningún gobierno disfruta su impopularidad” (91)- cedieron frente a estas presiones convalidando políticas que, a cambio de beneficios inmediatos, resultaron perjudiciales para el crecimiento.

La debacle nacional se explica entonces porque la sociedad, en lugar de someterse a su natural destino, optó por priorizar la equidad, restringiendo el crecimiento económico. Gerchunoff y Llach sostienen así su tesis principal: que en la Argentina existe un *trade off* entre el crecimiento y la búsqueda de equidad. En esta línea, la situación actual ofrece una inestimable oportunidad para el crecimiento, ya que los bajos salarios y la completa apertura comercial permitirían aprovechar los beneficios de la especialización primaria a escala internacional.

3. CRÍTICAS GENERALES: FUNDAMENTOS TEÓRICOS Y ASPECTOS METODOLÓGICOS.

3.1. UNA CUESTIONADA EXPLICACIÓN ORTODOXA DEL COMERCIO.

El texto de Gerchunoff y Llach sigue una línea teórica que poco tiene de novedoso. Sus argumentos centrales retoman los que desarrollaron con distintos matices Cortés Conde (1997)⁶, Martínez de Hoz (1981)⁷ y Díaz Alejandro (1975)⁸, entre otros. No obstante, en “Entre la equidad y el crecimiento” el acento está puesto en una cuestión que para la literatura citada no resulta tan explícita: la distribución del ingreso.

La interpretación de la historia económica se realiza a partir de una lectura basada en la teoría neoclásica de los factores de producción y la especialización internacional, que retoma la noción de ventajas comparativas de la teoría clásica. En particular, la explicación del modo de inserción de la Argentina en el comercio mundial se basa en el teorema de Heckscher-Ohlin, cuya conclusión general es que en condiciones de apertura comercial un país tiende a exportar los bienes cuya producción es intensiva en los factores de producción en los que está dotado de forma más abundante. Este teorema tiene también un ribete normativo que sugiere que la especialización según las ventajas comparativas dadas por la dotación relativa de recursos es la más eficiente (en los estrechos términos de Pareto).

Sobre este esquema de interpretación del comercio internacional -que los autores presentan como evidente- existe un importante debate. Esta explicación ha sido fuertemente cuestionada en sus fundamentos teóricos y su correlato empírico, tanto desde perspectivas ortodoxas como heterodoxas. Mencionamos algunas a modo de ejemplo.

Leontieff (1953) tropezó con una “paradoja” al someter a prueba las conclusiones del teorema para el caso de Estados Unidos. Él pensó que, dado que en dicho país el capital

⁶ La cercanía teórica entre la interpretación de Gerchunoff y Llach y aquella de Cortés Conde es – aún reconociendo algunas diferencias- indisimulable. Se refleja en sus interpretaciones de momentos clave de la historia argentina. A modo de ejemplo, respecto de la etapa posterior a 1930 Cortés Conde sostiene que: “La fuerte irrupción de crecimiento que se dio en la etapa 1927-47 resultó del ajuste exitoso al *shock* de oferta causado por la crisis de 1930 y la Segunda Guerra, al sustituir importaciones con producción doméstica. La interrupción de la expansión se debió, en cambio, a las características de esa respuesta [...]. No se debió, entonces, a un *shock* externo sino a una limitación creada por las políticas económicas” (1997:20/1). Gerchunoff y Llach, por su parte, proponen: “Factores estructurales externos explican la caída del índice de apertura que se observa inmediatamente después de la Depresión. Es también notorio que en períodos posteriores la política económica fue decisiva” (53). Adicionalmente, sobre las razones del proteccionismo de posguerra, Cortés Conde, apoyado en Díaz Alejandro (1975), argumenta: “La política oficial, preocupada por el eventual efecto de la normalización del comercio en la inversión y en el empleo, mantuvo por varias décadas las restricciones del tiempo de guerra” (1997:35). Sobre este tema Gerchunoff y Llach proponen: “la coyuntura especial de la Segunda Guerra Mundial trajo el temor de que a su final desaparecieran aquellas actividades que habían sustituido importaciones durante el conflicto bélico [...], y que en consecuencia se produjera desempleo” (78).

⁷ El marco de análisis de los autores coincide en varios aspectos con el de Martínez de Hoz, quien argumenta que: “La eficiencia global del país depende de que su esfuerzo se concentre en aquellas actividades con mayor productividad relativa [...], lo que implica un aumento de la productividad media de la economía, y por lo tanto, del nivel general de vida. La inadecuada asignación de recursos fue la principal causa de la lenta evolución económica argentina en las últimas décadas” (1981:19).

⁸ También se observa, en algunos aspectos, un marco interpretativo común con Díaz Alejandro, quien afirma que la especialización productiva debe provenir de las ventajas comparativas a escala internacional: “El crecimiento anterior a 1930 fue generado por las exportaciones [...] porque -y esto es más importante- las exportaciones y las entradas de capital originaron una asignación de recursos mucho más eficiente que la que hubiese podido resultar de políticas autárquicas” (1975:24). Este autor agrega: “en todo el lapso de 1860 a 1930 la escasez relativa de eslabonamientos hacia atrás no perjudicó en forma apreciable la tasa de crecimiento de la Argentina. Hasta acaso la benefició con una mayor especialización según los términos generales de la ventaja comparativa” (1975:30).

era el factor abundante, los bienes que exportaba debían ser más intensivos en capital que los bienes que importaba. Los resultados mostraron exactamente lo contrario: las exportaciones eran más intensivas en trabajo -no en capital- que las importaciones.

A partir del trabajo pionero de Leontieff, esta teoría ha sido objeto de múltiples contrastaciones empíricas. Tal como muestran Krugman y Obstfeld, los resultados de las mismas no han sido favorables: “hay fuertes evidencias contra el modelo puro de Heckscher-Ohlin [...] La evidencia empírica sobre la idea de que las diferencias en los recursos son el principal determinante de los patrones de comercio es generalmente negativa. Por el contrario, las diferencias en tecnología probablemente desempeñan un papel clave” (Krugman y Obstfeld, 1995:95/96).

Por su parte, Shaikh resalta que el teorema de Heckscher-Ohlin se basa en condiciones poco realistas: supone la existencia de pleno empleo, inmovilidad de capitales y que los distintos países tienen acceso a la misma tecnología y el mismo nivel de productividad. En este caso límite, el clima, la disponibilidad de recursos, la experiencia y las invenciones tienen suma importancia. Pero estos supuestos no reflejan las condiciones reales del comercio entre países desarrollados y subdesarrollados, en que los primeros están en condiciones de producir casi todos los bienes de modo más eficiente que los segundos. “En el libre comercio, la desventaja absoluta del país capitalista subdesarrollado tendrá como resultado déficits comerciales crónicos y préstamos internacionales acrecentados” (Shaikh, 1990:198). Guerrero (1995) coincide con éste último autor en que la ventaja absoluta (y no la comparativa) debe ser la base de los intentos explicativos del patrón del comercio internacional⁹.

En el ámbito nacional, el renombrado economista Olivera también ha intervenido en este debate. Olivera resalta que una correcta interpretación de la teoría de las ventajas comparativas no implica la imposibilidad del desarrollo industrial en los países bien dotados de recursos naturales: “Resulta indudable que la circunstancia de que un país posea ventajas naturales en la producción agropecuaria, y que otros tengan ventajas naturales o adquiridas en la producción industrial, no significa necesariamente, de acuerdo con la teoría clásica o de los costos comparados, que la mejor forma de división internacional del trabajo sea que el primero se limite a la agricultura y ganadería, procurándose por vía de importación los productos industriales que necesite [...] Lo que hemos demostrado en los párrafos precedentes es que, aun si tales doctrinas se aceptan sin reservas, no es legítimo invocarlas como argumento intelectual en contra del desarrollo manufacturero del país” (Olivera, 1977:69/72).

A pesar de la controversia respecto de este teorema, los autores lo aplican abstractamente a la realidad argentina, sin mediaciones y convirtiéndolo en la explicación sobre la imposibilidad del desarrollo industrial. En sus palabras: “Como consecuencia de la escasa población y de la abundancia de tierra fértil (combinada, al menos en un principio, con una mínima existencia de capital acumulado), la Argentina estuvo siempre muy bien preparada para producir alimentos. Esa ventaja absoluta para la elaboración de bienes primarios, resultado de la demografía y la naturaleza, fue al mismo tiempo la fuente de la gran desventaja comparativa que siempre tuvo la Argentina para la producción industrial, que requería precisamente los factores menos abundantes, el trabajo y el capital” (15/16).

Al apreciar las dotaciones relativas de factores, lo hacen desde un punto de vista puramente ahistórico y estático. Consideran como dado el stock de capital en un período de tiempo,

⁹ La ventaja absoluta no tiene por qué ser universal y extensiva a todo tipo de productos. Se trata de una ventaja intrasectorial, es decir, que implica una comparación entre diversas unidades productivas del mismo bien. La ventaja comparativa, en cambio, es intersectorial.

cuando el mismo es en realidad resultado de procesos históricos vinculados con el momento y tipo de inserción de cada espacio nacional a la economía mundial. Además, comparan elementos naturales estáticos con elementos dinámicos. Mientras que tener o no tierras fértiles es en principio una característica natural, generalmente perdurable en el tiempo, no ocurre lo mismo con las “dotaciones” de trabajo y capital¹⁰. El crecimiento demográfico -vegetativo o por procesos migratorios- no es una variable exógena, sino que se relaciona con el grado y modo de desarrollo. Del mismo modo, la acumulación de capital sigue un proceso histórico complejo y su potencial no puede determinarse simplemente observando su nivel inicial.

En definitiva, los autores pretenden iluminarnos acerca del camino más apropiado para el desarrollo económico nacional sobre la base de un marco teórico hartamente cuestionado e incapaz de dar cuenta de los patrones históricos de comercio internacional y especialización productiva¹¹.

3.2. LA SUPUESTA OPOSICIÓN ENTRE CRECIMIENTO E IGUALDAD.

La línea teórica del ensayo se completa con un postulado que hoy ha sido abandonado incluso por el Banco Mundial: la existencia de un *trade-off* entre crecimiento y equidad distributiva en la Argentina. Es decir, que una regresiva distribución del ingreso facilita la obtención de importantes tasas de crecimiento económico¹².

La evidencia empírica internacional refuta esta oposición entre crecimiento y equidad y, más aún, permite afirmar que una mayor igualdad favorece el crecimiento¹³. Además, como es sabido, las economías que exhibieron mayores tasas de expansión económica, lo hicieron en base a pujantes desarrollos industriales. Estos procesos de industrialización requirieron de fuertes políticas de protección y derivaron en mejoras en las condiciones de vida de la población y en la distribución del ingreso. Es el caso, con matices, de Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y los países de reciente industrialización como Corea del Sur y Taiwán, entre otros.

Es decir que mientras la evidencia histórica y buena parte de la teoría económica muestran que no existe una disyuntiva entre igualdad y crecimiento, los autores afirman que esta oposición sí existe en el caso de la Argentina. Según Gerchunoff y Llach, la protección

¹⁰ También es sugerente que los autores no distingan entre los diferentes niveles de fertilidad de las tierras pampeanas y las caractericen, al modo neoclásico, como un factor de producción de cualidades homogéneas.

¹¹ En nuestra perspectiva –que desde luego no es el objeto de este artículo– una correcta caracterización del patrón productivo y de la especificidad del proceso de desarrollo económico argentino debería analizar el modo y la magnitud de la generación de riqueza en el país en relación con las transformaciones de la economía mundial. Este enfoque implica considerar especialmente las fluctuaciones y los mecanismos de apropiación de la masa de riqueza que representa en la Argentina la renta diferencial de la tierra.

¹² En un reciente documento del Banco Mundial, firmado entre otros por su economista jefe para América Latina, se afirma que: “A diferencia de algunas líneas de pensamiento anteriores respecto del desarrollo, la mayoría de los economistas (y otros científicos sociales) considera ahora la desigualdad como un posible freno para el desarrollo” (De Ferranti, Perry y otros, 2004:6).

¹³ “Algunos tests econométricos, efectuados principalmente por las instituciones internacionales, y ciertas formalizaciones recientes parecen atribuir un rol importante a la distribución del ingreso para explicar el crecimiento [...] Las bajas disparidades de ingreso constituirían así un factor positivo para el crecimiento [...] Inversamente, las grandes desigualdades no favorecerían el crecimiento y el círculo virtuoso descrito no podría desarrollarse” (Salama, 1998:38).

tiene consecuencias positivas sobre la igualdad, pero a su vez traba el crecimiento económico al poner un límite al desarrollo del sector con ventajas comparativas. De este modo, “las opciones redistributivas acabarían teniendo un costo en términos de crecimiento económico” (70). Como única evidencia afirman que esto “sugiere” el “análisis econométrico” (61), el cual sin embargo no incluyen en el texto.

La propia caracterización de los autores respecto de las etapas que identifican en la historia argentina muestra que no necesariamente se asocian desigualdad y crecimiento. Al respecto, el período 1890-1913 es de “crecimiento con creciente desigualdad” (71). Luego de la Primera Guerra, “se retoma el crecimiento económico [...] de la mano de una mayor equidad” (71). En 1929-1963 la Argentina pierde posiciones respecto del mundo pero con más igualdad, mientras que 1963-1975 es un período de crecimiento con niveles de desigualdad crecientes. Finalmente, en 1976-2001 “el estancamiento absoluto de la economía convive con una distribución fluctuante pero al cabo crecientemente desigual” (71). Como está a la vista, crecimiento e igualdad no se contraponen en todas las etapas.

Finalmente, es importante destacar que si bien los autores dicen analizar el fenómeno de la distribución del ingreso, en rigor se limitan a observar el nivel de salarios. La “igualdad” es un eufemismo para referirse a “salarios altos”, los que se identifican como la raíz de todos los males nacionales. Esta conclusión no debe sorprendernos: desde hace siglos que la tradición neoclásica ortodoxa encuentra en los elevados niveles de salarios –y en la intervención de las organizaciones de los trabajadores- la responsabilidad por la desocupación, la crisis, la falta de competitividad, la inflación y, en definitiva, el estancamiento económico.

3.3. ACERCA DE LA VACILANTE INTERPRETACIÓN DE LAS POLÍTICAS ECONÓMICAS.

En la línea teórica que se esboza en el ensayo resulta particularmente llamativa la interpretación sobre el Estado y los actores sociales. Gerchunoff y Llach consideran como una de las originalidades de su enfoque el incorporar como elemento explicativo las motivaciones últimas de las políticas públicas: “Las motivaciones de las políticas son [...] centrales en la explicación que aquí se desarrolla” (34). No obstante, no se trata de un enfoque original. En los estudios sobre la realidad económica argentina este aspecto ha sido destacado, con variantes, por Basualdo (2000), Canitrot (1980), Dorfman (1967), Nun y Portantiero (1987), Palermo y Novaro (2003) y Peña (1973), entre otros.

A diferencia de estos autores, lo novedoso del enfoque de Gerchunoff y Llach es la particular manera en que identifican dichas motivaciones. En lugar de hacer eje en los intereses de las distintas clases sociales –o fracciones al interior de las mismas- realizan una suerte de modelización del comportamiento de un pseudo ciudadano (trabajador) argentino a partir de características genéticas que se mantienen inmutables durante más de un siglo. Pero el obvio parentesco con la escuela marginalista acaba allí. Sorprendentemente, el comportamiento del agente argentino representativo no sería racional sino que estaría guiado por una incontrolable pasión: la pasión por la igualdad. Más aún, el presunto agente tampoco tendría ninguna capacidad de aprendizaje en el tiempo, ya que la satisfacción de sus pasiones inmediatas guiaría su accionar incluso cuando sus resultados se revelan una y otra vez adversos en el largo plazo.

Esta pasión igualitaria es la única motivación subyacente a las políticas públicas que aparece en el texto. La misma unilateralidad caracteriza a los autores cuando se trata de identificar los sectores sociales relevantes. En los más de cien años de historia analizados sólo un sector social y una persona habrían tenido capacidad para alterar las políticas económicas: los trabajadores y Juan D. Perón, que con su pasión igualitaria frenaron el crecimiento

argentino por setenta años. Según “Entre la equidad y el crecimiento”, la única clase social organizada con capacidad de influencia sobre el Estado es la clase trabajadora. No existen en el relato los grupos de presión empresariales nacionales o extranjeros, la Unión Industrial Argentina, la Sociedad Rural, la corporación militar, los organismos multilaterales de crédito ni el sector financiero. No hay menciones a la búsqueda de maximización de ganancias, reales o financieras, ni de rentas por parte de los sectores capitalistas o terratenientes del país. El poder económico es el gran ausente del texto¹⁴.

Los autores afirman que la política económica tiene un espacio acotado para actuar, dentro de las fronteras definidas por “una variedad de factores, externos e internos”. “El margen de maniobra es de tamaño variable” (58/59). Se trata, creemos, de una caracterización correcta a grandes rasgos, pero esta aparente claridad no se mantiene a lo largo del trabajo. No termina siendo claro el lugar de las políticas económicas y, menos aún, el por qué se implementan a veces unas políticas y otras veces las opuestas. Las explicaciones difieren de etapa en etapa. Los momentos en los cuales una persona (Perón) puede por su propia voluntad cambiar el curso de la historia conviven con otros en que las decisiones de política económica tienen escasa autonomía. En general, las leyes económicas que encuentran los autores quedan incluso subordinadas a la potencia de la pasión igualitaria. Ello no da mayor riqueza al análisis sino, en todo caso, mayor indefinición.

3.4. CRÍTICAS METODOLÓGICAS.

La descripción que hacen Gerchunoff y Llach sobre el siglo largo de historia argentina se sustenta en cuatro variables: el desempeño económico comparativo, la distribución del ingreso, el grado de apertura comercial y el sesgo al endeudamiento nacional. La construcción de los indicadores que buscan dar cuenta de estas dimensiones resulta - cuando menos- discutible. Consideramos importante dedicar algunos párrafos a mostrar sus falencias metodológicas, por cuanto las conclusiones del ensayo se respaldan en esta información.

El indicador utilizado para evaluar la distribución del ingreso -y consecuentemente el grado de desigualdad- es sin duda el más controvertido. Debido a que no se cuenta con una serie de tan largo plazo de distribución familiar del ingreso, los autores realizan una estimación propia de la distribución funcional¹⁵. Ello es aceptable, aunque hubiera sido conveniente

¹⁴No es necesario ser muy heterodoxo para notar la influencia que los intereses y grupos de presión empresarios pueden ejercer en las políticas públicas. El propio Machinea (1990) en su texto de evaluación y “autocrítica” de la gestión del equipo económico durante el gobierno de Alfonsín destaca la fuerte oposición que ejercieron algunos sectores empresarios: “en un país donde los subsidios fiscales de todo tipo y una economía cerrada habían prácticamente suprimido el riesgo empresario durante tantos años, era lógico esperar cierta resistencia frente a medidas como la reducción de la promoción industrial, el establecimiento de nuevos impuestos o la eliminación de restricciones a la importación”. Roque Fernández, un economista de marcada filiación ortodoxa, tampoco puede dejar de reconocer el papel protagónico del *lobby* empresario en la encarnación de algunos fenómenos económicos, como por ejemplo la hiperinflación. El economista del CEMA sostenía en 1990 que: “En nuestro caso la inestabilidad de precios ha sido doblemente regresiva: mientras que el impuesto inflacionario ha sido pagado principalmente por los sectores más postergados, los recursos que originó, en una parte muy significativa, fueron apropiados por un reducido grupo de beneficiarios. Justamente, un problema al que hemos asistido en los últimos años es que el impuesto inflacionario se encontraba privatizado, al servicio de distintos grupos que, con una suerte directamente vinculada a su capacidad de lobby, han podido beneficiarse individualmente con cargo a la emisión de dinero” (Fernández, 1990).

¹⁵Las mediciones de la distribución familiar del ingreso refieren a la forma en que éste se reparte entre los hogares. Los indicadores más utilizados son el coeficiente de Gini, de Theil y las relaciones

que se compare esta medición con la de distribución familiar para los momentos en que ello es posible, es decir, desde el año 1953 (Altimir, 1986). Esto es así dado que la desigualdad es uno de los ejes analíticos del ensayo y que esta última medida capta mejor las diferencias en las condiciones de vida del conjunto de los hogares.

Pero la principal falencia metodológica radica en la particular construcción de la medida de distribución funcional. En lugar de dividir la masa salarial sobre el ingreso nacional -como es el método habitual- los autores toman como indicador el cociente entre el salario promedio (w) y el producto interno (PIB) dividido por la población económicamente activa (PEA): $w/(PIB/PEA)$. Al considerar la PEA en lugar de los asalariados¹⁶, este cociente estaría asignando a cada desocupado un salario equivalente al salario promedio de los ocupados. De este modo, se subestima el efecto del desempleo sobre la distribución. Cuando aumenta la desocupación -fenómeno claramente asociado a un aumento de la desigualdad- suele darse simultáneamente un incremento en la PEA, por lo cual el indicador tendería a mostrar por el contrario una mejora en la distribución, ya que el denominador -*ceteris paribus*- disminuye su valor. Sólo así puede explicarse que la década del noventa, la de peor distribución del ingreso según otros indicadores más razonables, aparezca con estabilidad en la distribución en lugar de mostrar el flagrante empeoramiento ocurrido.

En segundo lugar, la evolución del PIB se considera en términos *per cápita* y en relación con el sendero seguido por otros países. El PBI *per cápita* no es el indicador más adecuado para dar cuenta de la potencia del crecimiento económico y la capacidad de acumulación de capital nacional. Para este fin, la evolución del PIB es la medición más apropiada, ya que no se ve afectada por los movimientos poblacionales de significación -típicamente olas migratorias-. En todo caso, sería más acertado si en el texto se tuvieran en cuenta ambos indicadores. Por su parte, si bien consideramos un acierto del trabajo incluir una comparación internacional valuando el producto a paridad de poder adquisitivo, resulta curioso que en la lista de países con los cuales se compara a la Argentina estén excluidos los países de América Latina, excepto Brasil (43). Si se incluyeran algunos otros países de la región, la caída relativa del ingreso nacional desde 1930 resultaría menos marcada.

En tercer lugar, se utiliza un indicador que mide el “sesgo al endeudamiento” a partir del resultado de la balanza comercial, tomando en consideración los precios promedio de exportaciones e importaciones del lustro anterior al año considerado, en lugar de los precios corrientes. Esta última operación distorsiona el déficit comercial de algunas etapas. El primer gobierno peronista aparece con un alto sesgo al endeudamiento cuando es una etapa de superávit comercial. Dicho procedimiento también reduce el sesgo al endeudamiento de los primeros años de la última dictadura militar, al evaluar las exportaciones con los altos precios registrados en 1974-1975. También es cuestionable que no se tome el resultado completo de la cuenta corriente en este indicador. De este modo, no se tienen en cuenta las necesidades de financiamiento externo para afrontar los intereses y las utilidades netas. Se subestiman así los movimientos de capitales. Los autores justifican esta decisión argumentando que las rentas de la inversión dependen más bien de situaciones pasadas. Si bien ello puede ocurrir en algunos casos, cuando el monto del endeudamiento y/o la inversión extranjera crecen en forma significativa, los

entre ingresos promedio de distintos grupos de hogares (quintiles o deciles, más frecuentemente). La distribución funcional cuantifica la participación de la masa salarial total en el ingreso nacional.

¹⁶ Puede justificarse que se tome el total de ocupados en lugar del número de asalariados, para evitar que un indicador de este tipo se vea influenciado por los cambios seculares en la tasa de asalarización (véase Llach y Sánchez, 1984). Pero no resulta lógica la inclusión adicional de los desocupados.

correspondientes intereses y utilidades se reflejan rápidamente en el saldo de la cuenta corriente, tal como sucedió en la década del noventa. En este caso, al ignorar estos movimientos se puede estar distorsionando el real “sesgo al endeudamiento” de cada período. En efecto, esta metodología arroja resultados llamativos (108): el primer y el último gobierno peronistas (1946-1952 y 1973-1975) exhiben un mayor sesgo al endeudamiento que las etapas 1976-1981 y 1991-2000, en que la deuda externa se multiplicó por seis y se más que duplicó respectivamente. No es sorprendente que este indicador, al igual que el de distribución del ingreso, perjudique especialmente la *performance* de los gobiernos de Perón, al tiempo que favorece relativamente a las etapas de apertura.

Otro importante –y sesgado- desacierto metodológico del ensayo es la periodización construida para la etapa de industrialización del país. Los autores identifican el período 1929-1963 como una única etapa histórica. Ninguna variable de orden económico -local o internacional- ni de orden político justifica unir esos treinta y cuatro años a lo largo de los cuales economía y política sufrieron profundas transformaciones. Esta periodización implica considerar conjuntamente la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la edad de oro del capitalismo, la década infame y el peronismo, la crisis del modelo agroexportador y el fortalecimiento de la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI). Además, al iniciar la etapa en la crisis de 1930 sus efectos se atribuyen indirectamente a los gobiernos peronistas y a los inicios del proceso de industrialización. Esta artimaña lleva a los autores a considerar el período en su conjunto como “uno de los dos que explican el retroceso económico de la Argentina” (77).

4. CRÍTICAS PUNTUALES: DISCREPANCIAS HISTÓRICAS EN CADA ETAPA.

Se presenta a continuación un conjunto de reflexiones en torno a aspectos puntuales de la caracterización expuesta en el ensayo para los distintos períodos del desarrollo económico argentino. Debido a que, como se ha mencionado, el trabajo presenta una fragmentación en períodos que no se considera adecuada, no se tomará la misma para organizar esta sección. En su lugar, se presentan las críticas de acuerdo a las tres grandes etapas de la historia económica nacional entre 1880 y 2002.

4.1. LA ETAPA AGROEXPORTADORA (1880-1930).

Esta es la etapa en la que se habría gestado la “pasión igualitaria” de la sociedad argentina, esa esquivada noción que se identifica como obstáculo permanente al crecimiento económico. Según los autores, “una aceptable remuneración al trabajo -al menos en la comparación internacional- fue una característica originaria de la Argentina durante el período que estudiamos” (14). Para dar sustento a esta afirmación se citan “dos datos [que] acaban con cualquier discusión en este sentido” (14). Veamos qué aportan estos datos suficientemente concluyentes como para cerrar largas décadas de debate académico acerca de las condiciones de vida en la Argentina agroexportadora.

En primer lugar, se señala que “Argentina fue el país en el que la proporción de inmigrantes llegó a ser más alta en el mundo [...] con cifras que triplican a las observadas para Estados Unidos en cada una de las décadas, y duplican cómodamente a las de Canadá” (15). Este dato no sólo no cierra el debate –en rigor ninguno, por más sofisticado que sea, lo haría- sino que es poco adecuado para dar cuenta de las condiciones de vida vigentes entonces en el país en relación con otros países de inmigrantes. Las cifras mencionadas reflejan, en cambio, la reducida población y el veloz crecimiento poblacional de nuestro territorio hacia 1880, lo que explica el elevado peso relativo adquirido por los recién llegados –esta tasa llegó a superar a la de natalidad-. Si se desea realizar una comparación

internacional respecto de los flujos migratorios como aproximación a las oportunidades materiales que ofrecía cada destino, la variable que tendría sentido observar es la composición de los flujos de inmigrantes según país receptor. Ello revela que si bien Argentina fue un importante destino entre 1880 y 1920 (elegido por el 11,5% de los inmigrantes), el mismo se encuentra muy lejos de los Estados Unidos (60,5%), levemente por debajo de Canadá (12,1%) e incluso rezagada respecto de Brasil en algunas etapas (1891-1900)¹⁷.

Por otra parte, para reflexionar sobre las condiciones de vida que encontraban los llegados al país, es necesario evaluar también la situación en sus lugares de origen. En este sentido, no se puede soslayar que los migrantes europeos estaban huyendo de la grave depresión económica que azotó a sus países (especialmente España e Italia) en las últimas décadas del siglo XIX, dejando atrás dramáticas condiciones sociales.

El segundo dato que, se sugiere, debería sepultar toda discusión señala que los salarios argentinos fueron en algunos años superiores a los de Gran Bretaña (15). Esta afirmación parece sustentarse en las comparaciones internacionales de salarios reales ajustados según la “paridad de poder adquisitivo” (PPP) realizadas por Williamson (1998) para la época. Sobre este punto caben algunas apreciaciones metodológicas que dan cuenta de la fragilidad de esta información que se presenta como incuestionable. En primer lugar, no es ocioso recordar la debilidad de una estimación salarial para esta etapa histórica en la Argentina, debido a la escasa y parcial información estadística disponible. En segundo lugar, el ajuste de la serie de salario real a la paridad internacional realizado por Williamson difiere significativamente de la metodología recomendada por la OCDE (Maddison, 2001), lo que se refleja en que sus resultados divergen de los obtenidos por otros autores¹⁸. Finalmente, existe en la literatura controversia acerca de la capacidad de los salarios reales expresados en PPP -incluso si se estiman de acuerdo a la metodología adecuada- de dar cuenta del nivel de vida de la población en términos locales.

Por tanto, ni la proporción de los flujos migratorios sobre el stock poblacional ni los salarios reales referidos en el texto son datos que acaben con la discusión respecto de las condiciones salariales predominantes en la etapa agroexportadora. En rigor, esta cuestión remite a un extenso debate historiográfico no saldado en la literatura¹⁹. Lo que sí está claro

¹⁷ Los datos sobre inmigración fueron tomados de Ashworth (1978), citado en Rapoport (2000).

¹⁸ La metodología recomendada por la OCDE y conocida como “paridad de poder adquisitivo” (PPP) consiste en ajustar los salarios para expresar su poder adquisitivo en términos de una canasta internacional única. Pero los datos en los que se basan Gerchunoff y Llach para realizar las comparaciones internacionales en este período son tomados de Williamson (1998), quien realiza una conversión de los salarios locales a PPP sobre la base de una metodología diferente a la de la OCDE. Williamson (1998) convierte sus series de salarios reales a PPP a partir de una estimación del PIB *per cápita* PPP que realizan Astorga y FitzGerald (1998), suponiendo que su evolución es similar a la de los salarios. Por otra parte, los cálculos realizados por estos últimos autores difieren, como ellos mismos advierten, de los realizados por otros investigadores para la misma serie, ya que estiman la evolución del PIB *per cápita* PPP para el siglo XX integrando una estimación del PIB PPP a costo de factores realizada por CEPAL para un sólo año (1970) y una serie de evolución del PIB a precios constantes para todo el período. A su vez, el trabajo de Williamson arroja para algunos años resultados significativamente distintos a los estimados por otros autores, como por ejemplo Díaz Alejandro (1975:54), quien sostiene que para el período 1937-1939 los trabajadores urbanos no calificados percibían salarios equivalentes a la mitad de los vigentes en Gran Bretaña, mientras que para igual etapa Williamson (1998:30) presenta una serie en que los salarios reales argentinos son cerca de 15% superiores a los de aquel país.

¹⁹ Véase, por ejemplo, Alvarez (1984), Cortés Conde (1979), Díaz Alejandro (1975), Ferrer (1973), Rapoport (2000) y Suriano (2000).

es que esta etapa se caracterizó por una profunda desigualdad en la distribución del ingreso y la riqueza entre la población. Los palacetes en Recoleta y París, así como los frecuentes viajes transatlánticos de la oligarquía pampeana, contrastan sin más con la miseria de los artesanos del interior, el hacinamiento en los conventillos urbanos y los sistemas de vales a que estaban sometidos los peones agrarios. La honda desigualdad en la distribución de la tierra, en donde unas pocas familias patricias concentraban extensiones de miles de hectáreas mientras que los recién llegados no podían acceder ni siquiera a una pequeña parcela para autoabastecimiento, es otra muestra de la regresividad vigente en la etapa dorada de la inserción agroexportadora. La permanente conflictividad social que marcó estos años desnuda la faceta más desigual del período de más crecimiento de la historia económica argentina²⁰.

La fragilidad que exhibe el texto al caracterizar esta etapa no acaba allí. Más adelante, Gerchunoff y Llach sostienen que “el patrón tan equitativo de distribución del ingreso que caracteriza a la Argentina en el origen comienza a deteriorarse levemente” (73) entre 1890 y 1913. ¿Es ésta entonces una etapa de igualdad? Si los autores fueran fieles a su propia tipología de cuadrantes (60) deberían reconocer que estos años de apertura con superávit comercial poseen la ubicación más regresiva de las cuatro posibles en su esquema. Entonces, ¿cuándo fue la Argentina ese magnánimo reino de la igualdad que marcó su historia económica hasta hoy? ¿Entre 1880 y 1890? Si esto es así, un lapso menor a diez años de supuesta igualdad en un país despoblado no bastaría para gestar consecuencias políticas y culturales que perduran hasta nuestros días²¹.

4.2. LA ETAPA SUSTITUTIVA DE IMPORTACIONES (1930-1976).

Este período es para Gerchunoff y Llach aquel en que la “pasión igualitaria” realiza mayores calamidades, explicando buena parte de los tropiezos del desarrollo económico nacional. Sin embargo, la caracterización expuesta posee, desde nuestra perspectiva, serias imprecisiones y falacias.

Para los autores la etapa 1929-1963 “es la época del gran descubrimiento: la economía cerrada [...] puede ser una fórmula políticamente imbatible” (76). Esta apreciación, sin embargo, no puede explicar por qué casi veinte de esos treinta y cuatro años estuvieron dominados por gobiernos militares que llegaron al poder por la fuerza (sea a través de elecciones fraudulentas o mediante gobiernos *de facto*), es decir, sin necesidad de vencer democráticamente a ningún adversario político. Más aún, tampoco está resuelto cómo fue posible que la encarnación más acabada de la presunta “fórmula política imbatible” (el peronismo) se encontrara proscripta durante más de dieciocho años de la escena electoral nacional.

Lo que sí está claro es que, para Gerchunoff y Llach, Perón es el gran culpable de la debacle argentina: “En la mentalidad de quienes decidían esas políticas (en particular, la de Perón) la relación entre protección, industria y nociones de distribución estaba bien presente” (20). Perón habría sido tentado por el “irresistible atractivo político [de] las

²⁰ Entre estos episodios se destacan las más de 775 huelgas entre 1907 y 1910, el poderoso movimiento de inquilinos de los conventillos de Buenos Aires, las luchas obreras reprimidas a sangre y fuego en 1919 y las cada vez más masivas huelgas rurales en la Patagonia desde 1918 (Vitale, 1986). Ver también Rock (1977).

²¹ Otra interpretación posible sería creer que la pasión igualitaria nació con anterioridad a 1880 (nos preguntamos si habrá sido en el democrático Virreinato del Río de la Plata o en las armoniosas guerras civiles posteriores a la declaración de independencia). En todo caso, esta justificación no aparece en el ensayo.

políticas de desaliento al comercio” (79) y, al morder la manzana, hundió a toda la sociedad con él. Desde luego, la circunstancia de que Perón gobernó solamente durante diez de los treinta y cuatro años identificados como de retroceso y el hecho de que durante sus gobiernos la economía argentina creció a una tasa media de 4% anual -contradiendo la supuesta relación inversa entre crecimiento y equidad- no son mencionadas en el ensayo²².

Para los autores, la demagogia de Perón sería entonces la responsable de que el país no retornara a su ancestral inserción agroexportadora durante la posguerra y profundizara, en cambio, la industrialización sustitutiva, perdiendo una irreplicable oportunidad histórica²³. La uncausalidad del análisis es excesivamente simplista, así como la omnipotencia atribuida al fundador del movimiento peronista quién gobernó -como todo dirigente- en un determinado contexto histórico local y mundial que estableció los márgenes dentro de los cuales se desarrollaron sus políticas. Sin embargo, Gerchunoff y Llach parecen insinuar que -a contramano de la corriente sustitutiva de importaciones que prevalecía en América Latina (en rigor, en casi toda la periferia)- era materialmente posible (y conveniente) para la Argentina realizar un giro copernicano en la tendencia industrial registrada en la economía durante la década del treinta y transformarse en una potencia exportadora de materias primas en la década del cincuenta. Esto aun frente a la caída de la demanda mundial de alimentos por la mayor producción de países otrora importadores como Estados Unidos y Canadá, el cierre de algunos mercados de exportación como resultado de las políticas europeas de autosuficiencia alimentaria, las graves sequías internas de fines de la década del cuarenta, la caída de los precios internacionales de los productos exportados desde 1949 en adelante y el atraso técnico de la actividad agrícola fruto de la contracción de los mercados globales en la década del treinta y el posterior conflicto bélico mundial (Rapoport, 2000).

No acabarían allí los pecados de Perón. También le cabría la responsabilidad por la introducción de distorsivas retenciones a las exportaciones que desalentaron el comercio exterior. No obstante, las retenciones a las exportaciones no son, como se insinúa en el texto, un descubrimiento peronista a la medida del clientelismo y las necesidades políticas de la hora. Se trata, en cambio, de un instrumento de política económica adecuado en un país que exporta mayormente bienes primarios (*commodities*) gracias a sus extraordinarias condiciones naturales²⁴.

Cabe agregar dos últimos comentarios acerca de la evaluación de los autores sobre esta etapa. Por un lado, y a modo de síntesis, sostienen que “el currículum de la ISI muestra un crecimiento entre pobre y discreto” (89). Sin embargo, no es ocioso recordar que la tasa de crecimiento anual media entre 1931 y 1975, aunque sumamente inestable, alcanzó el 3,4% anual, cifra que, si bien es reducida frente a otras experiencias de industrialización

²² La fuente de las cifras de crecimiento del PIB presentadas de aquí en adelante corresponden a Maddison (2001) y se refieren al PIB expresado de acuerdo a la paridad del poder adquisitivo.

²³ Esta posición académica no es novedosa (una vez más, ver por ejemplo Cortés Conde, 1997). La cuestión remite a un extenso debate histórico respecto del rumbo seguido por las políticas económicas en el peronismo, en el que se destacan también los trabajos de Eshag y Thorp (1969), Ferrer (1977), Sourrouille y Lucángeli (1980) y Sourrouille y Mallon (1973).

²⁴ Las retenciones no gravan (al menos conceptualmente) la ganancia del productor agropecuario, sino la renta diferencial de la tierra apropiada de otro modo por el terrateniente. Esto implica que las mismas no debieran generar distorsión alguna en el proceso productivo, aunque reducen, desde luego, los ingresos de la clase improductiva. A la vez, mejoran el poder adquisitivo relativo del salario, al disminuir los precios internos de los alimentos. Mecanismos similares se aplican en Chile para el caso de la producción de cobre y en México y en Venezuela en el caso del petróleo, entre otros. Ver Costa, Kicillof y Nahón (2004) para una exposición del papel de la renta diferencial de la tierra en la Argentina.

latinoamericanas (caso Brasil o México), duplica la sí pobre, discreta e igualmente inestable tasa media de crecimiento de la celebrada etapa de apertura (1976-2001). No se trata aquí de contraponer al análisis de “Entre la equidad y el crecimiento” una defensa acrítica del espinoso proceso de industrialización argentino -sobre cuya inestabilidad, crisis cíclicas y dificultades abunda la literatura-, ni de ensalzar los logros económicos de los gobiernos peronistas, sino de dar cuenta de la complejidad que encierra el debate. En todo caso, considerando los resultados citados, ¿puede sostenerse la inviabilidad del crecimiento argentino basado en el desarrollo industrial?

De hecho, una justa evaluación de la ISI debiera subrayar que la tasa de crecimiento fue siempre positiva y trepó al 5,6% anual entre 1964 y 1974, etapa de maduración del conjunto del proceso sustitutivo que logró transitar de la industrialización liviana hacia la pesada²⁵. Si bien Gerchunoff y Llach destacan la extraordinaria expansión de este período, reconociendo que “fue de crecimiento, inclusive en comparación con el resto del mundo” (85) parecen no computarla al evaluar el currículum completo de la ISI.

Por último, los autores se preguntan: “¿Fue el Rodrigazo de 1975 [...] apenas una crisis de balanza de pagos, o fue un síntoma del agotamiento del modelo sustitutivo de importaciones?” (22). Su respuesta destaca el desequilibrio fiscal de inicios de la década del setenta y las presiones inflacionarias de la etapa, coqueteando con la denominada tesis del agotamiento, pero sin ofrecer una respuesta clara frente a una cuestión ineludible para cualquier análisis económico de la época, más aún cuando la misma se inscribe en una polémica que selló la literatura sobre esta etapa²⁶.

4.3. APERTURA Y LIBERALIZACIÓN (1976-2001).

“Ubiquémonos por un momento a principios del año 1976” (89). Así comienza la caracterización que realizan los autores de este período, con la cual buscan convencer al lector de que las políticas económicas adoptadas por la dictadura militar fueron no sólo las más racionales sino, además, las más naturales. “En el terreno de las intenciones, la reforma fiscal y la apertura económica anunciadas por los militares [...] aparecen, aún retrospectivamente, como reacciones naturales a la coyuntura de mediados de los 70” (90). ¿Es esta defensa de las políticas neoliberales un acto de militancia de las ideas propias? No es claro, pero sí llama la atención que las trágicas consecuencias de estas políticas en todo orden no sean suficientes para despertar el mínimo espíritu crítico.

Más aún, sorprende que se caracterice como natural a una de las más brutales redistribuciones regresivas del ingreso de la historia argentina. Las evidencias son contundentes: mientras la oligarquía pampeana se benefició con una devaluación del peso del 80% y la reducción a la mitad de las retenciones a las exportaciones -que elevaron el precio de la tierra al pico más alto de su historia hasta entonces (Ras y Levis, 1980)-, el salario real se desplomó un 33%, cayó el nivel de empleo y los trabajadores vieron reducir drásticamente su participación en el ingreso nacional perdiendo el equivalente a 13 puntos del producto (Basualdo, 2004a; Beccaria, 2002). La reducción del PIB de punta a punta

²⁵ Este proceso se cristalizó en la expansión global de las exportaciones y, especialmente, de las manufacturas de origen industrial, que alcanzaron a representar el 21% de las ventas externas hacia 1974 (CEPAL, 1986). Más aún, hay evidencias de que al final de esta etapa un número importante de empresas argentinas realizaba exportaciones de plantas “llave en mano” a países latinoamericanos y a España (Katz y Ablin, 1977). Ver también Teitel y Thoumi (1986) para mayores evidencias sobre la evolución de la capacidad exportadora argentina durante la ISI.

²⁶ Müller (2002) presenta una síntesis sobre los principales trabajos y argumentos de esta polémica desde fines de la década del setenta hasta la actualidad.

durante la dictadura militar, el franco retroceso de la producción industrial luego de una década de crecimiento ininterrumpido y la caída del 37% de la ocupación manufacturera tampoco pueden catalogarse como resultados naturales. Estos procesos se inscriben en una transformación radical de la estructura productiva local que requirió de un verdadero genocidio social.

En su intento de justificación *ex post* de las políticas adoptadas los autores se valen de dos recursos. Primero, como ya se comentó, se relativizan los logros de la industrialización sustitutiva, destacando la necesidad de un cambio de régimen. Seguidamente, se sostiene que “los milagros económicos del momento son los países que han orientado su producción hacia el exterior, exactamente al revés que la Argentina” (89/90). Esta afirmación busca, por un lado contraponer la experiencia argentina durante la ISI con la de países como Corea del Sur y Taiwán y, por otro, justificar la adopción en 1976 de las políticas de apertura comercial y financiera en base al éxito que las mismas habrían tenido en los citados países. Se trata, sin embargo, de dos argumentaciones erradas.

Para ello, basta recordar que si bien inicialmente el Banco Mundial (1987) intentó presentar el desarrollo de los países del sudeste asiático como resultado de la mera aplicación de políticas de libre mercado, autores como Amsden (1989), Evans (1995) y Wade (2000) refutaron sólidamente esa interpretación. Estos autores demostraron que la intervención estatal fue crucial en los “milagros” del sudeste asiático. Básicamente, el Estado fue responsable de garantizar protección comercial durante casi veinte años, administrar millonarios subsidios industriales condicionados a metas de exportaciones, asegurar el control del sistema financiero para que estuviera al servicio del desarrollo industrial y proveer la educación y la formación técnica requerida en la población. Tampoco es posible desconocer las transformaciones en las estrategias del capital transnacional y el papel que dentro de las mismas ocuparon estas economías. Estos países no llegaron a ser competitivos exportadores de manufacturas industriales abriendo sus economías al mundo -y aceptando pasivamente que el mercado definiera su especialización productiva- como parecen recomendar Gerchunoff y Llach, sino gracias a un proceso de industrialización acelerada orientado hacia la exportación con fuerte liderazgo estatal. La apertura no llegó *antes* que el desarrollo industrial, sino *después*. Por tanto, la experiencia de estos países no es “exactamente al revés que la Argentina” (90)²⁷.

Ahora bien, si las políticas adoptadas por los militares eran las correctas, ¿cómo se explican sus dramáticos resultados? “En verdad, el problema residió [...] en las dificultades con las que se tropezó a la hora de llevarlas a la práctica” (90). Es curioso como los autores evalúan desempeños de una y otra etapa con varas de diferente tipo y color. Mientras las dificultades de la ISI se atribuyen a las políticas implementadas -sin cuestionar si las mismas se correspondían o no con las políticas ideadas- en esta etapa se evalúan las políticas ideadas, justificando sus resultados por problemas de implementación.

Un punto que sí poseen en común la ISI y la apertura para los autores es la fortaleza de la “pasión igualitaria” de la sociedad argentina, por cuya intromisión se explicaría el fracaso de las políticas de la dictadura (y hasta la actualidad). Los militares, casi igual que Perón, habrían sido seducidos por las ansias de popularidad y se entregaron al pecado de garantizar equidad a la población a través de altos salarios. Al hacerlo, sacrificaron una vez más el crecimiento. Una pregunta es ineludible: ¿cómo es posible que los autores sostengan

²⁷ En contraposición con la evidencia que ofrecen ésta y otras experiencias exitosas de desarrollo exportador, Gerchunoff y Llach parecen creer que la secuencia es la inversa, o sea, que la apertura en sí misma impulsa las exportaciones. Por caso, y en tren de justificar las políticas de la dictadura, los autores sostienen que “se esperaba que las actividades de exportación empezaran a reaccionar a las ventajas que brindaba la apertura económica” (91). Desde luego, esto no sucedió.

que los salarios eran altos en una etapa en que cayeron más de un 30%?

Gerchunoff y Llach parecen caer presos de la falacia de asociar salarios expresados en una moneda sobrevaluada con salarios altos. Cuando la moneda nacional se sobrevalúa - tendencia predominante durante aquella etapa-, los salarios resultan más elevados expresados en moneda internacional (dólares). Pero ello no refleja su poder adquisitivo interno (el salario real), que depende del salario nominal y los niveles de precios locales de la canasta de consumo (compuesta por bienes transables y no transables). En definitiva, si bien puede ser apropiado mirar el salario en dólares para evaluar un aspecto de la competitividad argentina en el mercado mundial, sin duda no lo es para ponderar el nivel de vida de la población, para lo cual se debe observar el salario en términos reales (junto a otros indicadores sociales).

Es también curioso que los autores insinúen que los elevados salarios en dólares (por la apreciación de la moneda) fueron resultado de una política deliberada del gobierno militar tendiente a garantizar equidad. En sus palabras, el endeudamiento externo fue “un atajo que, al menos en el corto plazo, se presentaba mucho más atractivo” (91). Vaya explicación: ¡los trabajadores son también responsables de la deuda externa argentina! Desde nuestra perspectiva, el endeudamiento externo fue un resultado de la alta liquidez de los mercados internacionales de capitales cuyos recursos ociosos fluyeron a la Argentina en búsqueda de ganancias fáciles y extraordinarias. Más aún, el endeudamiento se trató de una parte constitutiva de la fase de desindustrialización iniciada con la dictadura militar, en que la expansión de los pasivos externos (públicos y privados) fue paralela a la aceleración de la fuga de capitales hacia el exterior por parte de los sectores más concentrados del capital local²⁸.

Esta cuestión remite a uno de los grandes ausentes del análisis de la etapa iniciada en 1976 y cerrada en 2001: los sectores del capital local y transnacional beneficiados por las políticas de apertura y liberalización. Si bien Gerchunoff y Llach identifican a los sectores ganadores y perdedores durante la etapa sustitutiva (los trabajadores en el primer grupo y los sectores pampeanos en el segundo) y reconocen acertadamente que “las más de las veces la política económica tiene en lo inmediato beneficiarios y perjudicados” (69), éste análisis se esfuma en el caso de la última etapa de la historia argentina.

No se hace referencia alguna a la asombrosa expansión patrimonial de los grupos económicos locales durante las tres últimas décadas ni a la altísima rentabilidad obtenida por el capital internacional. Tampoco se mencionan las ganancias de las grandes empresas locales a través de la estatización y/o la capitalización de la deuda externa privada desde 1981, o como resultado de los millonarios contratos firmados con el Estado corrupto. Menos aún se analizan los ingentes subsidios industriales recibidos por los grupos locales durante la década del ochenta y sus consecuencias sobre el déficit fiscal, ni las exorbitantes tasas de ganancia obtenidas por el sector de empresas privatizadas durante la última década (Azpiazu, 2002; Basualdo, 2000). Por último, la brutal transferencia regresiva de ingresos que implicó la devaluación de enero 2002 y la pesificación asimétrica que la completó tampoco son suficientemente relevantes para mencionarse en el análisis.

Su explicación del derrotero de los años noventa constituye una muestra más de estas omisiones. De acuerdo con su análisis pareciera que la única beneficiaria de las políticas de apertura fue la “sociedad argentina”, que habría “aceptado indulgentemente una apreciación cambiaria” con el objetivo de asegurarse un elevado nivel de salarios, objetivo

²⁸ La fuga de capitales en estos años fue estimada por el Banco Mundial (1985) en 19.200 millones de dólares entre 1979 y 1982 y el Morgan Guaranty Trust Co. (1986) en cerca de 27.000 millones de dólares entre 1976 y 1982.

que se habría visto frustrado porque “el elevado nivel de salarios en dólares estableció un límite al aumento del empleo” (97). Veamos una a una las falacias que encierra esta explicación. La primera es que no existe, como pretenden postular los autores, la “sociedad argentina” en tanto un sujeto homogéneo que toma decisiones de manera colectiva y consciente eligiendo entre combinaciones de políticas públicas con impactos diversos. La sociedad argentina es, como cualquier sociedad, una sociedad de clases.

Adicionalmente, no es cierto que los trabajadores hayan disfrutado de un elevado nivel salarial ni que se hayan beneficiado colectivamente de la vigencia de la sobrevaluación de la moneda, aún cuando la Convertibilidad mejoró en sus inicios el nivel de vida de la población por su eficaz control de la inflación. A modo de ejemplo, el salario industrial promedio en la década fue de \$660. Aunque constituía una cifra respetable en términos internacionales si se lo convertía al tipo de cambio vigente (\$1=US\$1), el poder de compra interno de los \$660 no se alejaba demasiado de la línea de pobreza y representaba sólo dos tercios del salario promedio de mediados de los setenta. El problema, de nuevo, es asociar salarios sobrevaluados (por el dólar barato) con salarios altos. Es fácil observar que el salario medio se mantuvo prácticamente inmóvil durante toda la década, a pesar del celebrado crecimiento inicial del PIB. Los que sí se multiplicaron fueron el desempleo, la pobreza y la desigualdad: entre 1991 y 2001 el desempleo se expandió del 6,1% al 18,3% de la PEA y el porcentaje de los asalariados con empleos precarios pasó del 30,6% al 38,2%, la pobreza trepó del 21,5% al 35,4% de la población y la indigencia se cuadruplicó afectando al 12,2% de la población a fines de 2001 (EPH-INDEC). Definitivamente, los trabajadores argentinos no vivían en la prosperidad que sugieren Gerchunoff y Llach.

Además, cabe destacar que el principal límite al aumento del empleo no fueron los supuestamente elevados salarios, sino la destrucción del tejido industrial, la reprimarización de la actividad productiva (escasa demandante de mano de obra), la privatización de las empresas públicas y, finalmente, la recesión de quince trimestres consecutivos que selló el desenlace de la Convertibilidad (Altimir y Beccaria, 1999).

En suma, la década del noventa fue la más regresiva de la historia reciente. El tipo de cambio fijo a una paridad reducida no implicó salarios altos sino, ante todo, un seguro de cambio para aquellos que contaban con capital suficiente para adquirir los dólares baratos, situación que difícilmente se pueda extrapolar al conjunto de la “sociedad argentina”²⁹. Es necesario analizar el cuantioso arribo de financiamiento externo y sus contrapartidas (el pago de dividendos e intereses y la fuga de capitales), así como las superganancias de algunas ramas, para encontrar qué sectores lucraron mayormente con la sobrevaluación de la moneda. Resulta ciertamente cínico colocar a los trabajadores en el centro de la explicación del fracaso de la Convertibilidad justamente en un decenio de colosal avance del capital sobre el trabajo en el país.

Por último, es curioso que mientras los problemas económicos registrados en la ISI son presentados ante todo como responsabilidad de los gobernantes (notablemente Perón), las consecuencias de la etapa de apertura ya no les pertenecen a éstos. Son trasladadas sin mediaciones a la propia sociedad argentina, que con su incontenible pasión igualitaria forzó el endeudamiento externo y no permitió a los Menem, Cavallo, De la Rúa, Machinea -y a su jefe de asesores, el propio Gerchunoff- brindar por sus merecidos triunfos. Insólita absolución de las desafortunadas políticas de la década del noventa y sus fieles ejecutores.

²⁹ Damill (2000) muestra que el endeudamiento del sector público desde mediados de la década del noventa superó sus propias necesidades de divisas y permitió, de este modo, financiar la acumulación de activos externos del sector privado, así como el sostenimiento de la paridad convertible.

5. REFLEXIONES FINALES.

Hemos expuesto hasta aquí los principales aspectos teóricos, metodológicos e históricos sobre los que se sustenta la interpretación de Gerchunoff y Llach. Una cuestión debe quedar clara: no se trata de piezas aisladas. Todas ellas apuntan a sostener una tradición ideológica de larga data en la Argentina: aquella que celebra melancólicamente el período agroexportador, condena el proceso de industrialización local y justifica como incuestionables y naturales el ajuste regresivo y la liberalización de las últimas décadas.

No es casual que esta línea de interpretación reaparezca en la actualidad escondida bajo nuevas formas discursivas y ocurrentes indicadores económicos. En un momento en que se alzan fuertes críticas hacia las políticas de apertura, liberalización y desindustrialización implementadas desde la dictadura militar, los autores defienden su continuidad. Se trata de un intento de justificar una vez más las eternas recomendaciones de política económica del dogma neoliberal. En lugar de profundizar en el debate acerca de las alternativas reales para el desarrollo de la Argentina, los autores insisten con viejas recetas cuyos resultados están a la vista: treinta años de fiel devoción neoliberal han arrojado al país a la mayor crisis económica, política y social de su historia.

A pesar de la indudable cercanía entre la interpretación presentada por Gerchunoff y Llach y la de otros historiadores conservadores (fundamentalmente Cortés Conde), ellos arguyen que la suya es una visión propia y original. En las primeras páginas de su ensayo los autores aseveran que la historia económica argentina fue interpretada, a grandes trazos, desde dos perspectivas: la que denominan “liberal” y la que llaman “peronista”. Se trata de una hábil maniobra que busca ubicar su propia interpretación en el centro del arco ideológico, como aquella que neutraliza las pasiones propias de las interpretaciones extremas. Su visión sería la perspectiva intermedia y, por tanto, la más seria y atinada. La operación es un verdadero fraude. Para lograr diferenciarse recurren a una argucia que consiste en presentar de manera excesivamente simplificada las visiones “peronista” y “liberal”. No mencionan qué autores se ubican en cada tradición ni presentan referencias para sustentar su caracterización. De este modo obtienen un margen de maniobra suficiente para sesgar en su favor las dos visiones de las que buscan distinguirse. En particular, intentan a capa y espada distanciarse de la visión liberal. Para ello, la caricaturizan como aquella que valora especialmente la continuidad jurídico-institucional y el respeto por el estado de derecho, sin hacer mención a los aspectos económicos del liberalismo, que ellos también profesan.

Según Gerchunoff y Llach tres elementos distinguen su enfoque de las visiones habituales. En primer lugar, que el mismo “procura dar cuenta de un recorrido económico algo más complejo” (31) que los dos relatos identificados. Como ejemplo mencionan que la ISI no fue ni el fracaso que dicen unos (los liberales) ni el éxito que dicen otros (los peronistas). Desde luego, sólo una caracterización hiper simplificada de las otras visiones puede atribuirles una mirada tan unilateral sobre estos procesos. Parece un poco presuntuoso sostener que el estudio de la historia económica local carecía de complejidad hasta que se lanzaron a interpretarla Gerchunoff y Llach³⁰.

³⁰ A modo de ejemplo, basta destacar que el propio Cortés Conde, uno de los más acérrimos críticos de la ISI después de 1950, destaca la “irrupción de crecimiento” experimentada entre 1963 y 1974 (1997:29). A su vez, Basualdo -un autor que presumiblemente Gerchunoff y Llach caracterizarían como peronista- sostiene en un texto reciente que “en términos estructurales, al final del peronismo queda fortalecida, pero trunca, la industrialización como eje del proceso económico” (2004b:38).

Según los autores, su perspectiva difiere también en la evaluación de las condiciones favorables para el crecimiento argentino. Sostienen que no siempre fue bueno para el país estar fuera del mundo -como sostendría la posición peronista- ni siempre abierto a él - como sería óptimo para los liberales-. No obstante, y más allá de esta máxima general, la conclusión que se desprende del esquema argumental del ensayo es que la apertura sería la mejor receta para el crecimiento. Es ésta una posición notablemente cercana a la visión liberal.

Finalmente, según se afirma, un elemento novedoso de su enfoque sería la inclusión de las motivaciones últimas de las políticas económicas, a diferencia de las otras visiones que se limitarían a presentar las propias políticas como un factor explicativo. Este aspecto, como se mencionó, no sólo carece de singularidad sino que remite a una de las mayores falencias del trabajo: la mera consideración de la abstracta “pasión igualitaria” entre las vastas motivaciones posibles de las políticas públicas.

En definitiva, sus supuestas originalidades no resultan ni tan originales ni tan acertadas, y sus puntos de contacto con la llamada visión liberal salen a la luz en más de una ocasión. Sin embargo, sería injusto no reconocer cierta novedad en el ensayo “Entre la equidad y el crecimiento”. En rigor, éste va más lejos que las tradicionales interpretaciones conservadoras acerca del derrotero económico argentino y desarrolla las implicancias distributivas de cada patrón de desarrollo. Concluye que la búsqueda de equidad fue la principal restricción al crecimiento nacional durante el siglo XX³¹.

Es curioso que la etapa que consideran como incubadora de la pasión igualitaria (la añorada argentina agroexportadora) estuvo -como ya se argumentó- caracterizada por una profunda inequidad en la distribución del ingreso y de la riqueza. Más aún, resulta paradójico que en el texto tanto esta etapa como la década infame aparezcan signadas por altos salarios y condiciones igualitarias de vida. Porque, si ésa era la realidad hasta los años cuarenta, no es posible distinguir el punto de quiebre que en esta materia significó el peronismo. En todo caso, es justamente en ese momento histórico cuando tuvo lugar una significativa redistribución del ingreso en favor de los trabajadores argentinos, que mejoró sustancialmente sus condiciones de vida. Esto no es algo que valoren especialmente Gerchunoff y Llach; al contrario, el rabioso antiperonismo que destila el texto merece una nota especial.

La intervención del comercio exterior durante los gobiernos peronistas concentra sus más duras críticas. Esto es así debido a que una de las principales tesis de los autores es la asociación entre apertura y crecimiento. Sin embargo, la historia argentina muestra resultados algo más variopintos: si bien la fase agroexportadora fue mayormente de crecimiento y apertura, desde 1945 hasta la fecha las etapas de mayor crecimiento fueron las de menor apertura. La economía cerrada fue una etapa de crecimiento moderado - aunque inestable, salvo entre 1964 y 1974- mientras que la apertura posterior generó lo que Gerchunoff y Llach denominan como “la era de las catástrofes” (1976-2001). En este caso, interpretan que la debacle no fue causada por la apertura sino por problemas de implementación de políticas correctas, que terminaron llevando a un excesivo endeudamiento. Una vez más la incontenible pasión igualitaria argentina habría hecho de las suyas, impidiendo que las políticas acertadas rindieran sus frutos. Como los autores

³¹ Los autores parecen incluso cuestionar las intervenciones democráticas por ser más sensibles a las demandas de igualdad: “Al menos a partir de la inauguración de una democracia auténtica (aunque esporádica) en la segunda década del siglo XX, hubo un rédito a las políticas que acentuaran (en algunas épocas) o preservaran (en otras) el rasgo genéticamente igualitario de la Argentina [...] Sostendremos [...] que unas y otras tendencias en la política económica rara vez coincidieron con las que retrospectivamente aparecen como más favorables al crecimiento” (70).

identifican salarios sobrevaluados con salarios altos, encuentran en éstos el origen de todos los males de las políticas inspiradas en el dogma neoliberal. El estancamiento, el endeudamiento y el mismo déficit fiscal serían consecuencia de los elevados salarios (en dólares), es decir, responsabilidad pura y exclusiva de los propios trabajadores argentinos. La regresiva redistribución del ingreso de los últimos treinta años parece no ser suficiente para los autores: se insinúa que se requería aún más desigualdad para que florecieran los resultados de las acertadas políticas neoliberales. La década del noventa hubiera sido un verdadero éxito si la sociedad hubiera aceptado con sabia resignación una caída aún mayor de los salarios.

Como contrapartida, hoy se abriría para el país una nueva oportunidad histórica, aprovechando las “ventajas” de los actuales salarios miserables y el extraordinario nivel de apertura comercial. Pero para Gerchunoff y Llach aún subsisten algunos interrogantes: “¿sería una democracia representativa como la Argentina capaz de aceptar [estas] estrictas condiciones [...] como lo hizo en los años previos a la Depresión? ¿No es incontenible la tendencia a una moneda tan fuerte como sea posible y a un Estado tan deficitario como se lo permitan los mercados de capitales y las máquinas que imprimen dinero, todo ello empujado por la melancolía de aquel reino de la igualdad?” (118).

Más allá de estas atrevidas especulaciones, los autores promueven un patrón de desarrollo basado en la inserción internacional de la Argentina como procesadora y exportadora de productos primarios. Se reitera la promesa de que este patrón garantizará el crecimiento económico y que parte de él “derramará” al conjunto de la sociedad. Nuestra experiencia reciente -y, más aún, la propia historia del desarrollo capitalista- basta para afirmar que este sendero ni asegura el crecimiento económico a largo plazo ni, mucho menos, es capaz de revertir los escalofriantes niveles de desocupación y pobreza vigentes en el país. La remanida receta de Gerchunoff y Llach no involucra una disyuntiva entre la equidad y el crecimiento, sino el riesgo de una nueva década pérdida en ambos sentidos. Se trata del eterno retorno de fórmulas ya fracasadas. Hoy, en cambio, es tiempo de planificar el desarrollo económico nacional priorizando la mejora en las condiciones de vida de los trabajadores.

REFERENCIAS.

- Altimir, O. (1986), "Estimaciones de la Distribución del Ingreso en la Argentina, 1953-1980", en *Desarrollo Económico* Vol XXV N°100, IDES, Buenos Aires.
- Altimir, O. y Beccaria, L. (1999), *El mercado de trabajo bajo el nuevo régimen económico en Argentina*, CEPAL, Santiago de Chile.
- Alvarez, J. (1984), *Las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires.
- Amsden, A. (1989), *Asia's next giant: South Korea and late industrialisation*, Oxford University Press, New York.
- Ashworth, W. (1978), *Breve historia de la economía internacional desde 1850*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Astorga, P y FitzGerald, V. (1998), *The Standard of Living in Latin America during the Twentieth Century*, Working Paper N° 117, Centro Studi Luca d'Agliano-University of Oxford.
- Azpiazu, D. (2002), *Las privatizaciones en la Argentina. Diagnósticos y propuestas para una mayor competitividad y equidad social*, CIEPP-OSDE, Buenos Aires.
- Azpiazu D. y Nochteff, H. (1994), *El desarrollo ausente. Restricciones al desarrollo, neoconservadurismo y elite económica en la Argentina*. Ensayos de economía política, Tesis Norma/ FLACSO, Buenos Aires.
- Banco Mundial (1985), *Informe sobre el desarrollo mundial*, Washington.
- Banco Mundial (1987), *Informe sobre el desarrollo mundial*, Washington.
- Barbeito, A. y Lo Vuolo, R. (1998), *La Nueva Oscuridad de la Política Social, Del Estado populista al Neoconservador*, CIEPP-Miño y Dávila, Buenos Aires.
- Basualdo, E. (2000), *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa. Una aproximación a través de la reestructuración económica y el comportamiento de los grupos económicos y los capitales extranjeros*, FLACSO/Universidad Nacional de Quilmes/IDEP, Buenos Aires.
- Basualdo, E. (2004a), *La instauración de un nuevo patrón de acumulación a partir de la dictadura militar (1976-1982)*, Mimeo.
- Basualdo, E. (2004b), *Los primeros gobiernos peronistas y la consolidación del país industrial: éxitos y fracasos*, FLACSO/Página/12, Buenos Aires.
- Beccaria, L. (2002), "Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX", en *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*, Biblos, Buenos Aires.
- Canitrot, A. (1980), "Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981", *Estudios CEDES*, N° 10, Buenos Aires.
- CEPAL (1986), *Documento de Trabajo N° 22*, Oficina Buenos Aires.
- Chudnovsky, D. (coord.) (1996), *Los límites de la apertura. Liberalización, reestructuración productiva y medio ambiente*, Alianza Editorial, Buenos Aires.
- Cortés Conde, R. (1997), *La economía argentina en el largo plazo*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Cortés Conde, R. (1979), *El progreso argentino 1880-1914*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Costa, A.; Kicillof, A. y Nahón, C. (2004), "Las consecuencias económicas del Sr. Lavagna. Dilemas de un país devaluado", en *Revista Realidad Económica*, N° 203, Instituto Argentino para el Desarrollo Económico, Buenos Aires.
- Damill, M. (2000). "El balance de pagos y la deuda externa pública bajo la convertibilidad", *Boletín Informativo Techint*, N° 303.

- De Ferranti, Perry, Ferreira y Walton (2004), *Desigualdad en América Latina y el Caribe: ¿ruptura con la historia?*, Banco Mundial.
- Díaz Alejandro, C. F. (1975), *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Dorfman, A. (1967), *La industrialización en la América Latina y las políticas de fomento*, Fondo de Cultura Económica.
- Eshag, E. y Thorp, R. (1969), “Las políticas económicas ortodoxas de Perón a Guido (1953-1963). Consecuencias económicas y sociales”, en A. Ferrer y otros, “Los planes de estabilización en la Argentina”, Paidós, Buenos Aires.
- Evans, P. (1995), *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton University Press, Princeton.
- Fernández, R. B. (1990), “Comentarios sobre el proyecto oficial de reforma de la carta orgánica del banco Central de la república Argentina”, Convención de la Asociación de Bancos Argentinos.
- Ferrer, A. (1973), *La economía argentina: las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires.
- Ferrer, A. (1977), *Crisis y Alternativas de la Política Económica Argentina*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998), *El Ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Compañía Editora Espasa Calpe / Ariel, Buenos Aires.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (2004), *Entre la equidad y el crecimiento. Ascenso y caída de la economía argentina, 1880-2002*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, Colección mínima.
- Guerrero, D. (1995), *Competitividad: teoría y política*, Editorial Ariel, Barcelona.
- Iñigo Carrera, J. B. (1998), “La acumulación de capital en la Argentina”, CICP, Buenos Aires.
- Katz, J. y Ablin, E. (1977), “De la industria incipiente a la exportación de tecnología: la experiencia argentina en la venta internacional de plantas industriales y obras de ingeniería”, CEPAL, Monografía de Trabajo, Buenos Aires.
- Kosacoff, B. (2000), *El desempeño industrial argentino. Más allá de la sustitución de importaciones*, CEPAL, Buenos Aires.
- Krugman, P. y Obstfeld, M. (1995), *Economía internacional. Teoría y política*, Mc Graw Hill, Madrid.
- Leontief, V. (1953), “Domestic production and foreign trade: the American capital position re-examined”, *Proceedings of the American Philosophical Society*, N° 97.
- Llach, J. J. y Sánchez, C. (1984), “Los determinantes del salario en la Argentina: un diagnóstico de largo plazo y propuestas políticas”, en *Estudios*, Fundación Mediterránea, Córdoba.
- Machinea, J.L. (1990), *Stabilization under Alfonsín's Government: A frustrated attempt*, CEDES, Buenos Aires.
- Maddison, A. (2001), *The world economy: a millennial perspective*, OECD.
- Martínez de Hoz, J. A (1981), *Bases para una Argentina moderna 1976-1980*, Impresora Argentina, Buenos Aires.
- Morgan Guaranty Trust Co. (1986), “L.D.C. capital flight”, en *World Financial Markets*, New York.
- Muller, A. (2002), “Desmantelamiento del Estado de Bienestar en la Argentina”, *Cuadernos del CEPED*, N° 6, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Nun, J. y Portantiero, J. C. (comps.) (1987), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur.

- Olivera, J. H. G. (1977), *Economía clásica actual*, Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- Palermo, V. y Novaro, M. (2003), *La Dictadura militar (1976-1983)*, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Peña, M. (1973), *La clase dirigente argentina frente al imperialismo*, Buenos Aires.
- Porta, F. y Bianco, C. (2004), “Las versiones sobre el desarrollo Argentino. Consensos y Disensos”, *Documento Redes N° 13*, Buenos Aires.
- Rapoport, M. (2000), *Historia económica, política y social de la Argentina: 1880-2000*, Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- Ras, N. y Levis, R. (1980), “El precio de la tierra. Su evolución entre los años 1916 y 1978”, Sociedad Rural Argentina, Buenos Aires.
- Rock, D (1977), *El radicalismo argentino 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Salama, P. (1998), “Las nuevas causas de la pobreza en América Latina”, en Revista Ciclos, Año VIII, Vol. VIII, N° 16.
- Schvarzer, J. (1996), *La Industria Argentina que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, Ed. Planeta, Buenos Aires.
- Shaikh, A. (1990), *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, Tercer Mundo editores, Bogotá.
- Sourrouille, J. V. y Lucángeli, J. (1980), “Apuntes sobre la historia reciente de la industria argentina”, en *Boletín Informativo Techint*, Nro. 219, julio/agosto/septiembre.
- Sourrouille, J. V. y Mallon, R. (1973), *La política económica en una sociedad conflictiva: el caso Argentino*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Suriano, J. (comp.), (2000), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.
- Teitel, S. y Thoumi, F. (1986), “From import substitution to exports: The manufacturing exports experience of Argentina and Brazil”, en *Economic Development and Cultural Change*, Vol.34, N° 3.
- Vitale, L. (1986), *Historia de la Deuda Externa Latinoamericana y entretelones del endeudamiento argentino*, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires.
- Wade, R. (1990), *Governing the Market: economic theory and the role of governments in East Asian Industrialisation*, Princeton University Press, Princeton.
- Williamson, J. (1998), *Real wages and relative factor prices in the third world 1820-1940: Latin America*, Discussion paper, Harvard Institute of Economic Research.